



HOJAS DE CIPRES

*à la memoria del que fue*

Augusto Rojas N.

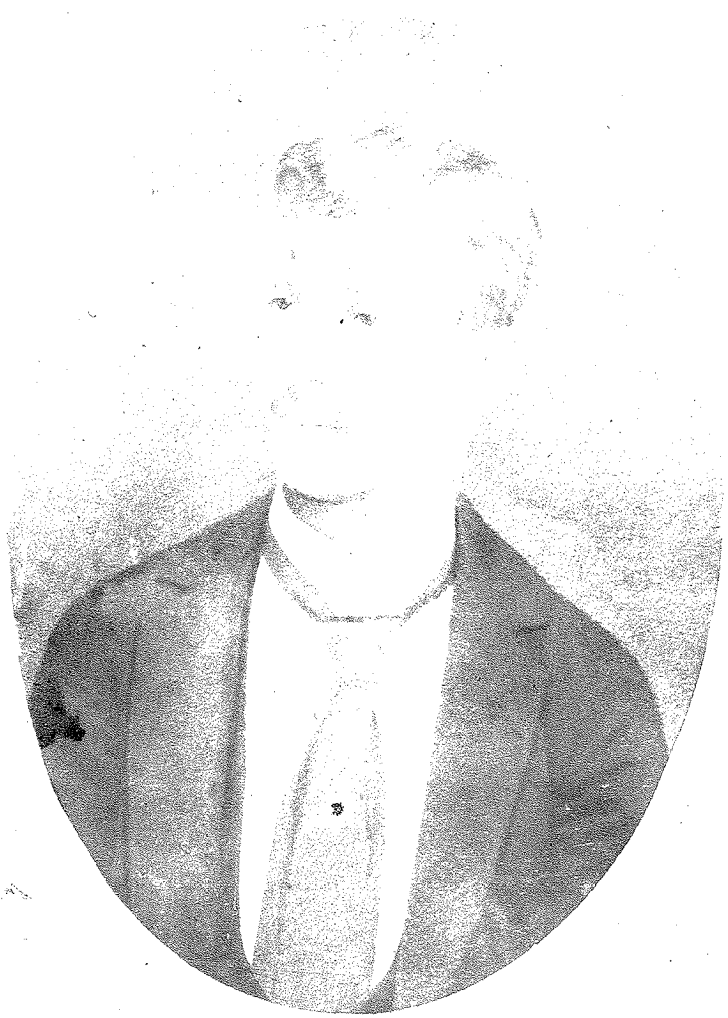


Mi querido Carlos:

En que quisiste a An-  
gusto, no lo volverás man-  
ca

Auto, Mayo 18/96

S. Arias M.



*Auguste Wiedemann*



## ANTES.

---

*El sentimiento fraterno dedica este folleto á la memoria de un ser querido, colocanda sobre su tóza, hojas marchitas de ciprés, como expresión sincera del dolor íntimo.*

*La crítica, respeta los gemidos, porque cuando habla el corazón afligido, no tiene más reglas que su propio sentimiento. Lo que con lágrimas se escribe, es casi siempre incorrecto.*

**Quito, Diciembre de 1895.**

---





## Augusto!

---

Querría empapar la pluma en la sangre de mi corazón! querría que el dolor que me devora el alma, fuera capaz de espesar á gritos mi desesperante soledad; querría resucitarte en cada uno de mis gemidos, pobre Augusto mío;! pero en mi lecura melancólica sólo tengo para regar tu tumba mis lágrimas amargas; por eso vengo como el ave de paso solitaria á dejarte unas flores que simbolizan mi cariñoso afán y el recuerdo de tus amigos.

En la terrible noche de mi vida, tu imagen y recuerdos brillan pálidos; ellos me traen á turbar el silencio del sepulcro con mi lamento dolorido y quiero pasar las negras nubes que surcan el cielo azul y buscarte tras de él.

Ah! que me fuera dable volver hasta mi cuna y recorrer de nuevo, paso á paso, los días de la infancia; quién me diera retroceder á la adolescencia, á la juventud despues y verme junto contigo y siempre unidos! entonces hasta las lágrimas vertidas por nuestros infortunios fuérame dulces, hasta los golpes da la suerte fuérame nada!



Augusto ¿qué hemos sido los dos? ..... latidos de un mismo corazón, fragmentos de una misma vida, partes de una misma ilusión!

Ya todo ha concluido, sólo como los trofeos de la muerte asoman á mi vista las tumbas y el ciprés: mi amante padre se perdió en la huesa; mi dulce hermana, mi sin igual Mercedes, voló también, voló porque era un angel; y tú mi confidente, mi amigo íntimo, mi incomparable Augusto me abandonas!

Mi pobre madre, juguete del dolor y de la angustia, con su cabeza blanca y sus ojos flotando en mares de hiel sólo me queda, los besos húmedos que deposita en mi morena frente, son como el aleteo del angel de la desesperación; ella no vive ya; cual viola mustia, secada al sol de la desdicha, tristísima me acaricia como al último resto de su gloria perdida.

Augusto: tu muerte y los días que la precedieron son aguzadas espinas clavadas en mi corazón; yo no te vi morir, porque me faltaron fuerzas para mirar de cerca tu martirio..... Ah! por qué no estaba junto á tí; por qué no fui yo quien recojió tus últimos suspiros? por qué huí sin llenarte de caricias por la vez última, sin decirte mi adios desesperado, sin llorar con mi madre? porque hubiera muerto! Si en esos días que sufrí contigo, cuando iba extinguiéndose tu existencia, sentí que me acariciaba la locura, no hubiera resistido al desenlace.

No puedo desterrar de mi cansada imaginación la dolorosa memoria de la mañana de partir: cómo te vi entónces! pálido, más dulce tu habitual melancolía, cómo descubrí en tus ojos azules, hinchados por las lágrimas, las sombras de la muerte que te acechaba; cómo sentía des-

pedazarse mi corazón, cuando con tus descarnadas manos, acariciabas mi diestra, presintiendo que era la última vez que me veías; cómo ruedan todavía por mis mejillas pálidas las quemadoras lágrimas al recuerdo de tus últimas palabras, de tus últimos suspiros! . . . . En la memoria tengo grabadas profundamente estas frases de tu última carta: *Voy caminando al sepulcro, mi enfermedad es de muerte. Ah! que tuviera el consuelo de que estés junto á mí! . . . . pero te esperaré más lejos!* . . . . .

Perdóname, Augusto; si no he muerto contigo! en el mismo dolor he buscado la fuerza que me mantiene en pié. Perdóname, querido hermano, si mi puesto de último confidente, fué sustituido por dos cariñosos amigos! benditos ellos, benditos mil veces! . . . . Cristóbal Vela, hermano mío, hermano de mi hermano, tú recojiste los últimos latidos de su corazón enfermo; tú bañado en lágrimas de compasión y de ternura le hablaste del ausente que sufría por él, tú recojiste sus últimos secretos y honraste su cadáver! . . . . Doctor Segundo Alvarez Arteta, con vuestra elocuencia celestial suavizaste sus amargos momentos: vos sois la encarnación del verdadero sacerdote, del sacerdote ejemplar, del sacerdote virtuoso! benditos vosotros, amigos de mi corazón!! . . . . Augusto, ellos son los que te siguieron al sepulcro, ellos los que mezclaron con mi madre sus compasivas lágrimas! y Rosa Elena, esa otra abnegada madre nuestra, la que en todas las amarguras de nuestro hogar ha sufrido con nosotros; la que te ha velado en tus días de martirio; élla es la que me ha trasmitido tus últimas palabras; élla la que me ha referido

empapada en lágrimas tu agonía y tu muerte. . .

.....  
Ah ! hermano del alma ! deja que hoy al impulso de mis dolorosos recuerdos, venga á regar con mi llanto las *cándulas* que ya comienzan á crecer sobre tu tumba ! No vengo á despedirme acaso puede romperse el alma, acaso puede morir la vida ; vengo sólo á visitarte, vengo á traerte una corona de inmortales entretejida por la amistad, vengo á traerte las hojas de ciprés, reverdecidas con mi llanto ; vengo á decirte que latirás en mi corazón, mientras yo viva !.....

Oye Augusto : cuando camine paso á paso el árido desierto de la vida, ven con la brisa de la noche á refrezcar mi frente que se arruga, á enderezar mi cabeza que se dobla al peso de los sufrimientos.

Cuando la desesperación me invada, cuando la lucha me aniquile y mis fuerzas débiles y agostadas, vayan al fin á rendirme, asoma como el iris que brilla para alentarme !

Cuando vaya á caer en el precipicio oscuro del borrascoso mundo, ven como el angel del encanto que me detenga y me muestre el camino del bien.

Cuando las sombras de la duda me envuelvan pavorosas, ven con el claro rayo de la luna para alumbrar la densa oscuridad.

Cuando el destino, asechándome cobarde, hunda mi frente en el polvo de los desengaños, ven con el murmullo del arroyo á consolar mi mente.

Cuando mi pobre madre, pluralidad de lágrimas y sacrificios, levante sus desesperantes miradas hasta el cielo, en busca de la paz que necesita ; baja Augusto, y deposita en su pedacido co-

razón lo que ella pide !

Augusto, tu no has muerto si vivo yo. Se ha marchitado la mitad de la flor, una parte de ella ha caido mecido por el viento, pero la otra parte se sostiene aun en pié y al inclinarse á besar los despojos, sólo dice *hasta luego!*.....

.....Tu

*SERGIO.*

---



---

## QUIEN FUE.

---

Á MI COMPAÑERO Y AMIGO SERGIO ARIAS M., EN LA  
MUERTE DE SU HERMANO AUGUSTO.

*“Amado de Dios y de los hombres  
“su memoria está en bendición”....*

### I

Si es cierto, mi bien querido Sergio, que los sufrimientos unen los corazones con lazos más estrechos que los de la dicha, aquí viene el mío, para, poseídos del mismo dolor, llorar contigo.

Deja, pues, que mis lágrimas silenciosas humedezcan la tierra que cubren esos despojos queridos; yo soy tu amigo, y hoy que el infortunio, ha abierto una misma herida en nuestros corazones, soy tu hermano.

No quiero, no puedo, no debo darte palabras de consuelo; ellas como las tuyas, no pueden ser sino ayes lastimeros.

Llora, sí; bajo el peso de tan intenso pesar. Lloremos: que nuestras lágrimas depuradas en el crisol de la fe, serán para Dios fervientes plegarias.

Lloremos, inclinando nuestra frente á los impenetrables designios soberanos, lloremos ya que “las lágrimas son para el alma acongojada, como la lluvia y el rocío para los campos agostados”.

Mas ven y apóyate en mi brazo, pobre amigo, y depositemos sobre su loza sepulcral una corona entretegida de las flores que tu amor de hermano y mi cariño de amigo pueden ofrecerle.

Llora, pero no te desesperes; tienes una madre ¡pobre madre! alma de tu alma, vida de tu vida; ella te necesita, álzate pues, amigo mío, de ese lecho de amargura en que yaces sumido, y vuela á los amorosos brazos de tu madre que en su desesperación, anhelante te espera. Tu existencia es su existencia, tu filial amor es la única fibra intacta que queda en su corazón.

No te desesperes. Sergio querido; piensa “que vivir no da sobre la tierra otro derecho que el de morir”. Piensa que el hombre no es sino “un péndulo entre una sonrisa y una lágrima”.

No te desesperes: tu hermano mi amigo, no ha muerto, no; vive aun.....

Sí, vive y vivirá mientras vivan sus amigos, mientras palpiten los mil y mil corazones que lo amaron.

Su memoria será eterna, como son la virtud, el talento y el honor. Vivirá su nombre, aun á travez de los antros de su helada tumba. Su cadáver será un cadáver viviente, ocultado en la negra noche del sepulcro conmoviendo corazones, arrancando lágrimas. ¿Acaso al marchitarse la flor, no deja también su grato aroma?

Recordemos por hoy, quién era, qué dejó en pos de sí, ese jóven, que al partir á otro mundo, ha dejado tantos corazones sin vida, tantas almas despedazadas.

## II

Augusto Arias, era una de aquellas almas tiernas, alma nacida para el amor y que se entusiasmaba ante todo lo grande y lo bello.

Sus padres, don Celedonio Arias y doña Felicidad Moscoso, veían en su hijo una naturaleza poco común, dotada de exquisita sensibilidad, y por tanto pusieron todo empeño en formar su corazón en el molde de la virtud austera.

Augusto, nació en la noble y florida cuna de los Montalvo; Cevallos y Vela á mediados del año de 1875. Enfermiso y débil desde sus primeros años, era el objeto del cuidado y de los sufrimientos de sus amantes padres, y de su hermano, que á pesar de su corta edad, presentía talvez entre las nubes del futuro, la ruina de su corazón, *la obscuridad de su alma.*

Cuánto se querían estos *pedazos de un mismo corazón!* Cruzaron juntos el jardín ameno de la infancia, con idénticas ilusiones y con la misma esperanza. Hubiérase dicho al verlos siempre unidos, siempre cariñosos, que una sola vida latía en esos dos seres gemelos en la vida moral; y por eso, cuando Augusto se perdió en la tumba, pudo creerse que su hermano hubiera también muerto; pero la fuerza del dolor lo ha mantenido en pié. Justo es que llores, pobre Sergio, y que los recuerdos sean para tí los martirizadores de tu memoria!

Los primeros días de la vida se perdieron para no volver nunca; y los dos adolescentes ya,

asidos de la mano de su amante padre, caminaban tristes, con la inocente tristeza, camino de un colegio; creían talvez que las puertas del internado los separaban por siempre de su hogar, de su amada madre, de su santa hermana y de su mimadora Rosita, y el llanto acudía á sus ojos ¡ah! edad feliz!.....

Dos años hacía, que pasaron á orillas del Abato, en el Seminario de Atocha, y allí admiramos á Augusto, haciendo gala de su talento nada vulgar, de su conducta modelo; allí lo veíamos querido de sus maestros, estimado de sus discípulos, pero allí veíamos también; destino humano! desvanecerse la esperanza, oscurecerse la gloria cual la flor que empieza á marchitarse; la enfermedad que debía conducirle no muy tarde al sepulcro, se manifestó en una especie de parálisis; pero sin embargo, no abandonó sus estudios; juntos los dos hermanos pasan al Colegio Bolívar, y allí, como siempre, Augusto se distingue y es querido de amigos y profesores. Entonces su vida era todavía cual un campo sembrado de flores y árboles, fuentes y pájaros, sólo de cuando en cuando la obscurecían como nubes tormentosas, las primeras manifestaciones de su grave enfermedad. Mas de repente, el claro azul de su cielo pudo verse obscurecido; cruzó el rayo y estalló la tormenta; terror y espanto! ayes lastimeros, llanto á raudales.....tristísimo es el cuadro que contempla Augusto, junto al cadáver frío de su adorado padre. Cuando sus hijos más necesitaban de él, quedaban ellos sumidos en la más horrible orfandad, al cuidado de una virtuosa y amante madre!

Esta primera tormenta de la vida de Augusto, acabó de lesionar del todo el órgano del senti-

miento; entonces aparecieron los primeros síntomas de una hipertrofia; pero no por ello abandonó la carrera de las letras; su alma sensible necesitaba de alimento y quizá en el regazo de su madre que le acariciaba con predilección juró no separarse de los libros hasta el último día de su vida.

Días después de esa tormenta se fundaba en su país natal "El Liceo Montalvo" esa Corporación que no ha sido ingrata con su amigo Augusto; fué uno de los miembros fundadores, joven, casi niño, pero entusiasta y de claro talento; sus ensayos literarios fueron aplaudidos; él era un perfecto dechado de bondad y mansedumbre; su conducta debía ser el modelo de la de todos sus inteligentes compañeros. Siempre recordó con predilección los días que pasara en "El Liceo", "son los mejores de mi vida, escribe á uno de sus compañeros, el aroma de esos recuerdos no podrá desvanecerse nunca" . . . . . sí; fueron los mejores y por eso fueron tan rápidos.

La intranquencia de los Oblatos-clérigos extranjeros, que hasta hoy regentean el Colegio Bolívar de la liberal Ambato-expulsó á nuestro amigo Sergio, so pretexto de que siendo uno de los más activos y entusiastas miembros del "Liceo Montalvo", trabajaba con tezon por las ideas liberales y no se cuidaba de las imposiciones terroristas de sus profesores. Augusto, no podía quedarse solo y vino con su hermano á lucir su claro talento en el colegio de los Jesuitas. Entre sus condiscípulos palpitarán siempre los recuerdos que supo dejar, ellos han de hacerle justicia, aún á travez del tiempo. Un año había permanecido en Quito, cuando las vacaciones del 93 le llamaron á recoger en su suelo las caricias de las más caras



prendas de su corazón; y quien lo creyera! también los últimos suspiros de su hermana!

Otra tempestad se desencadenó violenta en el cielo de su vida. Cuando él pensaba templarse para la lucha respirando las auras suaves de su tierra encantadora, fué sólo á ver levantarse otra tumba tristísima; su hermana virtuosa moría muy jóven. Entonces la madre de su alma acompañó á sus hijos hasta Quito; ese hogar que fué un tiempo, el nido de las delicias, la envidia de cuantos lo contemplaban, quedó desierto y frío, obscuro y sin encantos!

Luego más tarde, cuando ya del todo y á fuerza de repetidos y dolorosos golpes se manifestó su terrible enfermedad; pensó nuestro sensible amigo que la vista de su suelo, el murmullo de su amado río, las perfumadas brizas de su jardín patrio, hubieran podido mejorar su dolencia; pero se equivocaba, caminaba veloz y á sabiendas á la tumba. Sólo tres meses pasó en su patria; ¡Pobre Augusto! Cuánto sufría y con qué sublime resignación esperaba su postrer momento. Sí él lo sabía, recuerdo que una mañana de mediados del último octubre, penetré en el aposento de mi amigo Sergio, y me conmoví ante la vista de un doloroso cuadro. El estaba sólo, inclinado sobre una carta, y sus ojos hinchados de lágrimas revelaban su intenso dolor. ¿Qué tienes? le pregunté—Tóma me dijo, y me entregó la carta que leía, era la última de su querido Augusto, borrada por las lágrimas vertidas por el hermano que sufría. Unas frases de ella quedaron gravadas en mi memoria, hélas aquí: “Voy caminando al sepulcro, mi enfermedad es de muerte. Ah! que tuviera el consuelo de que estés junto á mí; pero no, te esperaré más lejos”...terrible certidumbre.

.....

III.

En efecto pronto alzó su vuelo á la región de la luz; pasaron pocos días cuando lleno de abnegación, al mismo tiempo que de ternura, dió su último adiós al mundo, á su hermano y á su infeliz madre, la pobre mártir.

Hoy solo quedan de él, los recuerdos tan tristes como tiernos, recuerdos que arrancan suspiros al corazón, lágrimas á los ojos; recuerdos que no morirán nunca.

El sol de su vida está pues eclipsado, ya en su hogar desierto y frío no brillan esos rayos de amor y de ternura. Sí; pero su memoria y su imagen no han de borrarse nunca del fondo de tantos corazones que comprendiéndole y admirándole, le amaron.

JOSÉ M. DE SUCRE.

---

ULTIMA CARTA

A mi amigo Augusto Arias en su sepulcro.

---

Mi inolvidable amigo, mi buen hermano:  
Perdóname si van mis palabras á despertarte de ese profundo y eterno sueño; perdóname si hasta en el sepulcro te llamo, si hasta en la tumba te busco; pero tú sabes que el corazón se esclaviza al imperio de la amistad.

Ayer no más, sentía dilatarse satisfecha el alma cuando estrechaba tu generosa mano, cuando fijaba mi vista en la tuya dulce, franca y se-

rena. Entonces, con cuanta efusión te llamaba amigo, porque sabías serlo, porque tus sentimientos no eran vulgares, y ahora bajas á la tumba, sin decirme adios! sin que me quede el consuelo inmenso de bañar por última vez tu rostro con mi llanto.....

Pero nó, yo iré á tu sepulcro: allí te visitaré de nuevo, en él te dejaré flores cuyo primer rocío serán mis lágrimas.

En cada brisa que abata el tallo de las caléndulas, recibirás mis gemidos; en cada mariposa que acaricie tu cruz, verás un recuerdo mío.

Cuando el sauce ó el ciprés que te hacen sombra sacudan su ramaje y un ruido suave y melancólico vague en el Panteón dormido, óyeme, Augusto, óyeme soy yo que voy á contarte mis secretos, á platicar contigo.

Cuando en las campiñas de este suelo que no es mío venga á cantar una ave viajera, yo detendré mi paso para escucharla, yo lloraré con ella; porque creeré que eres tú que vienes á contarme las dulces escenas de mi hogar ausente ó á repetirme las endechas tiernas, que ensayábamos los dos entre los soñados bosques de nuestra playa sonriente.

Cuando el viento deshaga en el espacio la nube que recién se formara, veré en él á tu imagen.

Cuando en la callada noche se deslice el arroyo murmurante, escucharé tu voz en su murmullo, y pensaré que aún repites complacido, los ecos desacordes de mi lira.

Cuando á los pálidos rayos de la luna, contemple las ondiñas de diamante que agonizan en el callado lago, veré en cada una de ellas, la sonrisa de tus labios, siempre velada por la apacible

luz de la melancolía.

Todo me habla de tí, todo te trae á mi memoria. Tu retrato, tus cartas, tus recuerdos: aquí los tengo bañándolos en el raudal del sentimiento.

¡Adios, hermano mío! jamás te olvidaré. Mi alma solo te dice hasta luego, aunque mis ojos te digan *hasta siempre!*

M. A. A.

(De "La Sanción").

---

*Augusto Arias Moscoso.*

---

No era solo mi amigo; nos conocimos en la infancia, en esa dichosa edad de los dulces y halagadores recuerdos, donde aprenden á simpatizar los corazones; después, volaron rápidos esos días de sueños y de rosa; vino la juventud, nos comprendimos, y en el bautisterio de la idea nos hicimos *hermanos!* ahora.....ah.....! la muerte, la realidad de la vida.....!

¡Ay hermano mío! tu vida se ha eclipsado ya, has roto el velo de la duda y ahora.....ves la realidad; feliz tú que algo vez! yo no veo nada.....!

Eramos confidentes, nos vaciábamos mutuamente nuestros más íntimos secretos, ahora.... los míos en la tumba; los tuyos en mi corazón.

Eramos estudiantes, discutíamos sobre el más allá.....ahora.....! tú poseedor de la verdad, yo, de las vacilaciones.

Bien me dijiste, hermano mío, cuando fui á despedirme en tu lecho de dolor "*adiós soldado no te veré más;*" te conocías ya, cierto, el corazón tenías en el mundo y el alma..... allá..... donde nada veo.....

Hasta luego hermano mío! iré á tu tumba y la humedeceré con mi llanto, hasta luego....!

G. GARCÍA.

(De "La Sanción").

## UNA VIOLETA

SOBRE LA TUMBA DE MI AMIGO

AUGUSTO ARIAS M.

Los golpes del destino son á veces tan fuertes y tan duros, que atónita el alma, no atina á suspirar; los ojos lánguidos de amargura secan sus fuentes, y mudos los labios ahogan las palabras.

¡Cómo nos embarga una terrible realidad! ..... el corazón se siente solo y aislado cuando se siente agonizar en el espacio sin límites del dolor.

El idioma del sentimiento es insuficiente para expresar ciertos dolores, siendo uno de ellos el fúnebre ruido que hacen los cerrojos de la tumba para encerrar en ella para siempre, al amigo de los primeros años, que después que pasaron los juegos de la infancia, nacieron las flores de la juventud para embriagarnos con un

mismo aroma. Verle perderse en las sombras, reducirse á nada, cuando la fortuna comenzaba á sonreírle, prometiéndole días de mayor felicidad, con los que ya comenzara á soñar al transportarse en alas del insomnio á los bastos mundos de la fantasía y las esperanzas!

Amigo mío! no eres más desgraciado que los que aquí quedamos, veletas acariciadas por las olas del infortunio. No tiene atractivo este mundo que pedacea el alma y abruma el cozón á fuerza de desengaños, rápidos son los placeres y prolongados los sufrimientos, la lucha es eterna y sólo el tedio y el dolor muestran su pálida faz!

¿Qué es la vida?—(Un leve vapor, dice Chateaubriand). . . . Sí, un leve vapor que se pierde, materia vil que se consume sirviendo de pasto á los gusanos! “Hombre! no eres otra cosa que un rápido sueño, una dolorosa fantasía; no tienes otro valor que la tristeza de tu alma y la amargura de tus pensamientos”. No hay ventura posible para tí, hoy la fortuna te sonríe, y mañana eres objeto de compasión y de lamento; pero dejas en la tierra palpitando en los corazones que te amaron indelebles recuerdos!

Augusto! la eternidad nos separa; feliz tú que abandonas el valle de la proscripción, y levantas el vuelo en pos de la realidad, vedada á la humana comprensión.

La tumba es el lecho del eterno reposo, allí descansas, amigo mío, de las fatigas y quebrantos; deja pues, que al través de la losa, te hagan oír los gemidos de mi pecho, y que venga á empujar tu sepulcro con las lágrimas que me arranca el dolor! deja que turbe el silencio que te rodea y que te llame y te invoque, como si mi sentimiento y mi ternura pudieran resucitarte! . . .

Al calor de los recuerdos que bullen en mi mente, parece que me hablas desde la tumba y me muestras los pasados días ; creo que tu espíritu me dice que descansa en la mansión escogida por Dios para los justos ; ah ! pero no eres tú quien hablas ; es mi propio corazón que repite tu eco, porque es el fonógrafo que guarda con fidelidad la voz del amigo.

Augusto, yo te digo adios ; quizá mañana, baje también al reposo común ; quizá este mismo sol que contemplamos, derrame por la tarde sus pálidos rayos sobre mi tumba ! quizá pronto, seres queridos, vayan empapados en el llanto, á plantar un ciprés sobre el sepulcro del eterno ausente.

La muerte es sólo la materia, albergue indigno del espíritu ; pero este vuela á buscar la realidad deseada.

Mientras tanto, amigo mío, nosotros seremos los guardianes de tu sepulcro, allí depositaremos coronas funerarias como la manifestación de nuestro justo sentimiento !

C. B. SEVILLA.

---

## COMO UN DEBER

A MI QUERIDO É INOLVIDABLE TIO

Augusto Arias M.

---

Hay sensaciones de dolor que pasan los límites naturales: el pensamiento enmudece, se apodera del alma la locura, todas nuestras facultades

se desequilibran y sólo queda para la lucha el corazón. Las lágrimas arrancadas por el frenecí y los suspiros que acompañan el llanto, disipan la amargura, como la brisa de verano, despeja el cielo azul empujando las nieblas que lo opacan. *“El corazón que es el órgano del doctor”* resiste al sufrimiento, y aún abatido y agostado palpita todavía.

Yo sé lo que es sufrir, bien lo recuerdo! Niño era aún, cuando el fantasma de terrible aspecto, que en su frente lóbrega traía dibujada la más amarga realidad, vino á obscurecer el sol de mi dicha! Niño era aún, cuando se deshojaron las flores de mi encanto; y el destino, al arrebatarme á mi madre; huérfano! me llamó con voz terrible.

Esas terribles impresiones han vivido confundidas en el laberinto de los recuerdos que se conservan en mi memoria! .....

Ahora que la juventud empezaba á sonreirme, el destino me hiere nuevamente y arranca de mi lado á uno de los seres más queridos de mi vida, á mi buen compañero, á mi más dulce hermano! hermano sí; que aunque no tuvimos la misma madre, ni la misma cuna; la misma sangre que vivificaba nuestras almas, y la felicidad y la desgracia, nos visitaron siempre por igual!

Hermano mío! llegaste á los diez y ocho años, edad de flores y de mariposas; y lo que dura la flor, lo que dura el insecto, duraron tu juventud y las ilusiones de tu apacible espíritu!

Compañero de mis penas! Soñaste un porvenir venturoso, y “la realidad de la vida” te despierta para mostrarte otro mundo mejor, sublime é ideal que nos es desconocido á los que aquí dejaste suspirando y heridos de dolor!



El amor por tu patria te dominaba. Lejos estabas de ella, cuando tu terrible enfermedad se manifestó con más fuerza. "Quiero que mis restos descansen en el mismo suelo que se meció mi cuna" dijiste á tu madre con la resignación del que lleva en su pecho un abismo de sufrimientos!..... Partiste, porque Ambato debió guardar tu cuerpo; y cómo lloro, Augusto mío, al recordar el episodio que trastornó tu hogar!.....

Augusto, Augusto, los que bien te quisimos, te lloramos siempre; tu imagen esculpida está en nuestros corazones, con el buril del cariñoso afecto, no te olvidaremos: siempre vivirás en nosotros!

ALFONSO MOSCOSO.

---

## UN RECUERDO

(A MI DEFUNTO AMIGO AUGUSTO ARIAS M.)

---

Augusto! me ves! mírame con el telescopio de la verdad, y me verás navegando todavía en la inmensidad del infortunio y de las lágrimas; ambos hicimos á la vela del *puerto de la vida*, y en la *selvática isla de la juventud* te has separado; á dónde has ido? por qué te has separado? ah...! comprendo ya... la ola del destino separó nuestros barcos, el tuyo se ha dirigido al infinito puerto de la eternidad, y el mío... ay...! me ahogo...! está zozobrando ya.

Alzo arriba la vista; qué veo? lo que siempre,

*misterios... la bajo; qué veo? hojarasca... misterios y hojarasca*, he ahí la composición del Universo; he ahí lo que la materia ve y el espíritu no entiende.

Augusto! te acuerdas! en la desierta playa de la vida, sin brújula con qué orientarse, perdido está tu amigo, ambos empezamos el camino y en el *oasis* de las *ilusiones* me has abandonado; por qué te has ido? no fué culpa tuya, querido mío; el torbellino de la muerte te arrebató de mi lado y ahora descansas ya de las fatigas del viaje.

Nos hemos desunido, no importa; el tiempo "que es un cadáver que se convierte en polvo vano al querer anatomizarlo con el escalpelo de la razón se encorugará de unirnos para siempre allá... donde todo es luz, todo verdad.

GABRIEL GARCÉS.

---

Ambato, Noviembre 24 de 1893.

Sr. D. Sergio Arias M.

Quito.

Amigo mío muy querido:

No sin deliberado propósito he dejado correr algunos días, después de la muerte de Augusto, para llevar á su corazón atribulado, algunas palabras de sincerísima compasión y de cristiano consuelo.

Favorecido por U. y por Augusto con la franca y muy noble amistad que, desde algunos años, han venido dispensándome generosos, he podido apreciar como pocos la identificación de pensamientos y de afectos, que había hecho de Udes. dos, un solo corazón y una sola alma. Corazones gemelos, por la perfectísima asimilación de aspiraciones, yo los he visto de tal modo confundidos en un sólo aliento y en la

misma esperanza, que el uno hubiese muerto U. con ese *otro y*, que fué para U. nuestro inolvidable Augusto, ya es para mí una de esas palmarias y evidentes pruebas que, en la esfera del sentimiento, nos están mostrando á diario como es misericordiosa y sabia la Providencia del Señor que nos gobierna.

Por esta consideración, ya puede U. medir cuánto es sincera, al par que larga, la parte que de su valor me apropio. Y si U. me concede el honor de creermé, que no miro como extraño su enlutado hogar, se persuadirá muy luego de que no es casi perceptible la diferencia del gemido que está vibrando en su corazón como en el mío.

No puede ser de otra manera. ; Recuerda U. lo que Augusto fué para conmigo?

A favor de las sombras de la noche, allá en los días en que era crimen infando hablar el severo lenguaje de la Verdad y la Justicia, se lanzaron sobre mí dos asesinos. Pude ser víctima de la misteriosa venganza que, empujándolos *desde muy alto* los interpuso en mi camino; pero abnegado, irresistible, trocado de repente en adiestrado y valeroso lidiador, *Augusto Arias* defendió mi vida con manifiesto riesgo de la suya propia, y ahorró á la República el escándalo y la vergüenza de que el estipendio de la lealtad fuese la muerte.

Y si antes de eso Augusto fué para mí, verdadero amigo; al deberle la vida me acostumbé á mirarlo como á hermano.

Al llorar, pues, junto con U., con su virtuosa madre, la desaparición de ese ser querido, digo toda verdad cuando le afirmo, que llevo como propia esta dolorosa prueba, y sólo me consuelan, dulces y salvadoras, las enseñanzas que, á torrentes, se desprenden de la Cruz que brinda sombra á los sepulcros. Yo no veo en ellos obscuridad y nada, nó, querido

amigo. Luz, mucha luz, luz esplendorosamente brilladora, verdad divina, celestiales afirmaciones, realidad y vida, todo eso encuentro yo en el secreto pavoroso de la tumba!

Y esto me consuela, y esto me brinda aliento y esperanzas; y quiero yo que estas le lleven cristiano lenitivo para suavisar, un tanto al menos, el rigor y la amargura que hoy pesan, crueles, sobre su corazón agonizante.

Al comenzar le dije, que de propósito he dejado discurrir algunos días antes de escribirle ésta, porque quise que le llegara, humilde y callada, después del recio impulso de las primeras impresiones.

¡ Los que se van delante de nosotros, Sergio, llevan misterioso encargo de allanarnos el camino y decir á Dios, de parte nuestra—si como Augusto hicieran eficaz su predestinación al Cielo—que nos quedamos aún en el destierro, librando los combates de la vida, para arribar también allá á la Patria! ; En ella nos aguarda Augusto: no lo olvide U., querido amigo.

SEGUNDO ÁLVAREZ ARTETA.

Sr. D. Sergio Arias M.  
Quito.

Querido y contemplado Sergio:

Acabo de ser sorprendido por la funesta noticia de la muerte de Augusto: no la esperaba, pero la temía; y aunque la temía nunca creí que habría sucedido tan pronto. ; Por qué los seres más queridos de nuestro corazón son los primeros en dejarnos? ; Pobre amigo mío! Cómo ha querido hacer de tu pecho su morada predilecta el infortunio! Las perso-

nas íntimas de tu familia, las más queridas de tu corazón van ya dejándote sólo en el destierro de este mundo. Primero tu padre, después tu hermana, y hoy el único hermano compañero angelical, que partía contigo el placer y la alegría.

Yo sé por mí mismo que es grande el cariño por el hermano; y sin embargo puedo dudar si Augusto era más querido por tí como hermano que por mí como amigo. Cuan cierto es que los amigos, pero los verdaderos, son parientes voluntarios. Su mansedumbre de paloma, sus sentimientos y afectos de un corazón de niño correspondían muy bien á la juvenil belleza de sus facciones, á la simpatía varonil de su persona.

Tu sabías bien cuanto lo amaba; y “como el amor es la medida del pesar, sabes también cuanto debo sufrir ahora. Así comprendo yo la magnitud de tu dolor.

Cuánto habrás llorado; cuánto llorarás!

Llora, querido amigo mío, —  
“Deja correr la lágrima bendita,  
Palabra melancólica del alma.  
Sólo llorando el corazón se calma,  
El llanto apaga el fuego del dolor”.

Llora, sí, querido amigo; y si ausente de tu atribulada madre no tienes con quien partir tu sufrimiento, llámame: mi corazón está siempre más dispuesto al dolor que al placer: los pechos que sollozan, los ojos humedecidos por las lágrimas, los semblantes pálidos y taciturnos tienen para mí una simpatía irresistible, además debo pagarte la deuda que contraje para contigo cuando en mis horas de luto y de tinieblas, fuiste á mezclar tus calladas lágrimas, con las lágrimas de fuego vertidas por el hijo

ausente, que acababa de hundirse en el ocaso de dolores que se llama orfandad! . . . .

Mientras pueda ir á abrazarte, recibe, caro amigo mío, estas ligeras expresiones, como la pálida muestra del pesar de que queda poseído.

Tu afectísimo amigo

VICTOR M. GARCÉS.

Miraflores, Noviembre 17 de 1895.

---

Latacunga, Noviembre 24 de 1895.

Sr. D. Sergio Arias M.

Quito.

Muy querido Sergio:

Solo U. que sabía el entrañable afecto que le profesaba á Augusto, al angelical hermano de U., puede medir la intensidad de mi dolor por su muerte prematura. La modestia y afabilidad de su carácter y el juicio y la moralidad que revestían todos sus actos, eran los distintivos con que se presentaba para infundirnos á los diecinueve años el respeto y las consideraciones que debemos á los que nos sirven de ejemplo en la edad provectora. La sociedad y la familia han hecho una inmensa pérdida; por esto auno mis lágrimas á las tuyas, enviándole la más sincera expresión de condolencia.

De U. atento amigo y S. S.

CELIANO MONGE.

---

Ambato, Noviembre 25 de 1895.

Sergio de mi alma:

No he querido escribirte, porque mis propósitos

han sido no turbar tu dolor, no tocar esas adoloridas fibras de tu corazón, no interrumpir, en fin, esa negra noche de tu alma, . . . .

Y bien, mi querido ! Has perdido á tu hermano, yo he perdido al fiel y constante amigo ; y de todo qué nos queda ? Vacío indecible, lágrimas y desolación !

Cree en la sinceridad de mis sentimientos.

No puedo más : el dolor me ahoga, las lágrimas me ciegan.

Tuyo

CRISTOBAL VELA.

---

## AYER Y HOY

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO AMIGO

Augusto Arias M.

Tu nombre en el hogar fué nota suave  
Como es suave en la lira el dulce son ;  
Hoy es la nota grave  
Que preludia tristísima canción.

Ayer era tu angélica existencia  
Sonrisa y luz para el tranquilo hogar ;  
Ahora tiene tu ausencia  
Forma de llanto y sombra de pesar.

Ayer fuiste esperanza halagadora,  
Hoy eres un recuerdo, nada más ;  
Fuiste vida en aurora  
Y ahora en la noche de la vida estás.

Luz y sonrisa del hogar desierto  
Esperanza, ilusiones, juventud,  
Ya no sois más que un muerto  
Oculto en la estrechez de un ataúd.

Pero hoy ¿ya no eres huérfano? que al padre <sup>al</sup>  
Que le perdiste ayer le tienes hoy:  
¡ Ah! si mi amada madre,  
Si ella pudiera estar donde yo estoy! . . . .

El cielo con tu padre, fué tu anhelo  
Y has dejado á tu madre en soledad:  
Aun en el mismo cielo  
Debe estarse, sin madre, en orfandad.

Tú que de mi dolor fuiste testigo  
Cuando mi tierna madre me dejó,  
Dile, querido amigo,  
Que vive sin estar donde estoy yo

Que de su santo cuerpo los despojos  
No son despojos del que ha muerto ya;  
Que si ha muerto á mis ojos  
Viviendo en mi alma cariñosa, está.

Y que, después de Dios, de ella he hecho  
El dios de mi ferviente adoración;  
Que el santuario es mi pecho  
Y que su dulce nombre es mi oración.

Yo que veré á tu madre en su hondo duelo  
Le iré á dar por alivio en su dolor,  
Palabras de consuelo  
En el nombre del hijo de su amor.



Yo iré á estrechar esa convulsa mano  
Donde ella iré para llorar los dos  
Al hijo y al hermano  
Que tan pronto nos dió su último adios.

V. M. GARCÉS.

---

A MI QUERIDO AMIGO Y HERMANO  
AUGUSTO ARIAS M.

---

Por qué te vas mi cariñoso amigo,  
Si fuiste compañero el más constante?  
Por qué le dejas solo al caminante  
Que junto á tí su ruta comenzó?

Nunca te olvidaré! por tí mi llanto  
Ha de correr ardiente en mis mejillas!  
Que gratas son las lágrimas sencillas,  
Vertidas á la sombra de un dolor.

Dónde te encontraré, sincero amigo?  
Ya no veré que llegas á mi lado?  
Ay! infeliz del que se ve privado  
Eternamente de un querido bien. . . .

Espérame en el cielo que iré presto  
A donde guarda Dios á los mortales;  
Entonces al dormir libres de males  
Uno mismo será nuestro ciprés.

JOSÉ ERNESTO VÁZCONEZ.

